

ya; pero salvo en alguno que otro caso, supo contenerse en los límites de una bien entendida prudencia. Saint-Cyr pensó de otro modo, y creyendo que un juramento desconcertaría los planes de los conjurados, ordenó á Duhesme convocase las autoridades civiles de Barcelona, haciéndolas prometer fidelidad y obediencia al intruso. Es de saber que estas autoridades habian seguido ejerciendo sus respectivos destinos, sin contraer compromiso ninguno que les ligase á nuestros opresores: notable tolerancia en Duhesme, cuyo valor no comprendió Saint-Cyr. Obstinado este en su tema, hubo aquel general de amoldarse á sus órdenes, y convocó en la casa de la audiencia en cuestion á las autoridades el día 9 de abril. ¿Mas cuál no fué su pasmo, al ver el patriotismo y osadía con que los magistrados y regidores del ayuntamiento, y los demas empleados presentes, negáronse resueltos casi todos á prestar semejante juramento? La historia ha conservado los nombres de los oidores Mendieta, Vaca, Córdoba, Beltran, Marchamalo, Dueñas, Lasauca, Ortiz, Villanueva y Gutierrez; el del contador Araguirre, y los de Ezpeleta y Villalba, sintiendo nosotros no poder añadir los de los demas españoles que tan dignamente probaron en aquella memorable ocasion la lealtad de sus sentimientos, la energia de sus corazones y la elevacion de sus almas. Mortificado el general Saint-Cyr con tan humillante repulsa, ordenó la prision de 29 de ellos en Monfuich y la Ciudadela, arrestando en sus casas á otros muchos, y disponiendo últimamente fuesen conducidos á Francia todos ó la mayor parte de aquellos insignes patriotas. Pero la persecucion hace prosélitos, y Saint-Cyr fué muy poco filósofo al adoptar aquella medida. El fiero catalan no escarmentó, ni era posible que escarmentase, antes se estimuló mas y mas á merecer las palmas del martirio, si no le era posible arrancar los lauros reservados al triunfo.

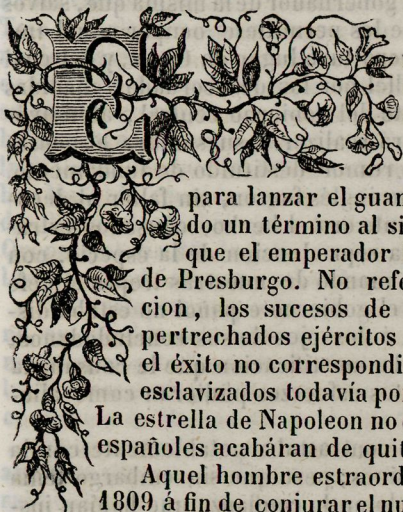
Muerto Reding el 23 de abril, sucedióle interinamente el marqués de Coupigny, quien siguiendo en inteligencias con varios habitantes de Barcelona, proyectó apoderarse de la ciudad, introduciendo el 16 de mayo por la noche una de sus divisiones, mientras por la parte del mar llamasen la atencion de los franceses las fuerzas navales aliadas. El enemigo desgraciadamente tuvo á tiempo noticia del plan, y frustróse la tentativa, siendo arrestados varios de los conspiradores, los cuales aumentaron el catálogo de los mártires del patriotismo español, subiendo con valor al cadalso el día 3 de junio. Mientras tanto Reille y Verdier se habian presentado uno tras otro delante de los muros de Gerona, cuya plaza ponian los franceses decidido empeño en tomar. Blake desde Tortosa ideaba los medios de socorrerla y de hacer levantar el sitio, y Saint-Cyr salia de Vich, tanto por la falta de subsistencias, como para estar mas cercano á aquella ciudad inmortal, á fin de auxiliar á los suyos en las operaciones del asedio y desbaratar nuestros planes, dirijidos á hacerlo levantar. Salió, pues, de la villa en cuestion á los dos meses de su permanencia, y pasando los desfiladeros de San Hilario, situó sus tropas en las llanuras del Ter, apoyando su derecha en la laguna del Sil y su izquierda en Bassano; tras lo cual adoptó otra posicion mas concentrada alrededor de Fornell, donde puso su cuartel general.

Gerona tenia fijos sobre si en aquella solemne ocasion los ojos de España y de Europa. De su apenas creible constancia y de la inmarcesible corona con que el martirio coronó su frente y la de su inmortal defensor, hablaremos en otro capítulo.



CAPITULO XXV.

Guerra de Austria.—Sale de su apatía el gobierno inglés con motivo de este acontecimiento: sus designios respecto á ocupar á Cádiz y tener á su disposición el mando de nuestros ejércitos: rechaza la Central ambas especies.—Plan de campaña ideado por Wellesley para reconquistar á Madrid.—Situación del mariscal Víctor: ejército de Estremadura reorganizado por Cuesta.—Reunion de las tropas de Wellesley y Cuesta en Oropesa.—Propónese aquel derrotar á Víctor.—Plan de resistencia adoptado por el rey José: movimientos de Soult y Sebastiani.—Sale de Madrid el rey intruso para ponerse al frente de su ejército.—Rencillas entre Cuesta y Wellesley: piérdese la oportunidad de derrotar á Víctor.—Reune el rey José las fuerzas de Víctor y Sebastiani: crítica situación de sus tropas á pesar de esa reunion: determina el intruso tomar la ofensiva.—Reencuentro con las tropas de Cuesta: repasa este el Alberche.—Preparativos de los franceses y de los aliados para la batalla de Talavera: distribución de fuerzas por ambas partes.—Combate del 27 de julio.—Batalla de Talavera.—Recompensas otorgadas á Wellesley y á Cuesta.—Combate de Aranjuez.—Inacción de los ingleses.—Su retirada.—Retíranse también los españoles.—Combate del Puente del Arzobispo.—Cuesta reemplazado por Eguía.—Batalla de Almonacid.—Retirada de Venegas.—Reflexiones.



El grito de guerra que el pueblo español se había atrevido á lanzar en mayo de 1808, y la perseverancia inaudita con que sostenia la lucha, sin desistir de su resolucion por descabros de ninguna especie, habian dado aliento al Austria para lanzar el guante á Napoleon el dia 9 de abril de 1809, poniendo un término al silencio con que devoró cuatro años la humillacion que el emperador hacia pesar sobre ella desde el célebre tratado de Presburgo. No referiremos aqui, porque no es de nuestra inspeccion, los sucesos de la campaña abierta por los numerosos y bien pertrechados ejércitos de aquella nacion poderosa; pero sí diremos que el éxito no correspondió á la esperanza que los demas pueblos de Europa, esclavizados todavía por él, tenian, á lo que parece, derecho á concebir. La estrella de Napoleon no debia eclipsarse en el norte hasta despues que los españoles acabáran de quitarle el prestigio con que todavía brillaba.

Aquel hombre extraordinario, obligado á salir de España en enero de 1809 á fin de conjurar el nublado que ya entonces comenzaba á agruparse sobre su cabeza, estuvo como en guardia en Paris hasta que estalló la tormenta, saliendo de aquella capital el 11 de abril para ponerse al frente de su ejército. Llegado sin demora á Strasburgo, pasó el Rhin á continuacion, y luego en las orillas del Danubio avistóse con el rey de Baviera, cuyas tropas unió á las de su ejército el 19 del mismo mes. Rodeado de gloria por todas partes, y atropellando, por decirlo asi, los laureles que encontraba en su marcha, dadas las batallas de Tann y de Abensberg, caída en sus manos Landshut, vencedor en Eckmulh y en Ratisbona, y derrotando á los austriacos en Ebersberg, cayó sin detenerse sobre Viena, y sitiándola y bombardeándola, no habia transcurrido sino un mes desde su salida de Paris, cuando ya sus altivas banderas ondeaban triunfantes como de costumbre sobre el pa-

lacio del emperador que se habia atrevido á retarle. Pasado despues el Danubio por una buena parte de su ejército, mostró la fortuna algo sério su semblante al guerrero del siglo, puesto que en los dias 22 y 23 de mayo fueron los franceses batidos por los austriacos en la célebre batalla de Essling, pereciendo en ella entre otros militares de pro el mariscal Lannes, el que habia sitiado á Zaragoza. Muy comprometido se halló el grueso del ejército francés en aquella infausta jornada; pero gracias á la severidad y al intrépido valor de Massena, pudo salvarse de su total destruccion con la célebre retirada que tanta nombradía valió á este, y que tan justamente le hizo acreedor al título de Principe de Essling que el emperador le otorgó. No entraba en los cálculos de este, acostumbrado siempre á vencer, un descalabro como el de que hablamos, y así fué notable su pena cuando viéndose precisado á repasar el Danubio, tuvo que desmembrar algunas fuerzas de las que lidiaban en España, á fin de aumentar las del norte.

Sabidos en la Peninsula, del 10 al 15 de junio, los sucesos que tenian lugar en aquellas lejanas rejiones, y enterado de ellos tambien con alguna anticipacion el siempre cauto ministerio inglés, celebróse con notable júbilo la derrota de Napoleon; y el gobierno de nuestros aliados, tan apático en ausiliarnos despues de libertado el Portugal, decidióse á salir de su inaccion, secundando nuestros esfuerzos con mas actividad y eficacia de la que hasta entonces habia empleado. Wellesley recibió instrucciones de Canning para ver si le era posible ocupar la plaza de Cádiz, y aun ponerse al frente de nuestros ejércitos, sondeando al efecto los ánimos de los miembros de la Junta Central. La primera de estas dos insinuaciones habiase hecho ya por Smith, y de un modo bien brusco seguramente, desde enero de este mismo año, llegando la osadía británica al extremo de destinar 4,000 de su nacion á tomar posesion de aquel punto, empezando por dos regimientos; pero la Junta no quiso en modo alguno acceder á tan estraña solicitud, y previno al marqués de Villel, su representante en aquella ciudad, y al gobernador de la misma que, salvos los miramientos debidos á nuestros aliados, no se les permitiese ocupar aquel importante recinto. El alboroto que á fines de febrero tuvo lugar en Cádiz, y del cual fué víctima Heredia y estuvo espuesto á serlo Villel por las desacordadas medidas é impolitica conducta de este como representante del gobierno central, atribuyóse entonces á intrigas de los agentes ingleses para realizar á su sombra el pensamiento de la ocupacion; pero esto nos parece rumor destituido de fundamento. Sea como se quiera, las pretensiones del gobierno inglés fueron, sin faltar al decoro, rechazadas con energía, y cuando tan reciente era el hecho, cáusanos estrañeza que Canning encargase ahora á Wellesley la reproduccion de la especie, con mas la insinuacion humillante relativa á tener el mando de nuestras tropas el gefe de las anglo-portuguesas. Viendo Wellesley que el gobierno español no estaba dispuesto á aceptar auxilios que pudieran rebajarle á los ojos de sus conciudadanos, desistió por entonces de la idea, y disimulando la mortificacion que le causaba la negativa, manifestóse dispuesto á desplegar cuantos esfuerzos pudieran como aliado exigirle en pro de la causa española.

Para ello propuso un plan, cuyo atrevimiento contrastaba notablemente con la circunspeccion exajerada de los generales británicos; pero que sin embargo tenia una esplicacion muy plausible, consistente no solo en la confianza que habian inspirado á Wellesley los últimos sucesos de la campaña de Portugal, sino en las esperanzas que habia de que Napoleon se desgraciase en la de Alemania, segun el giro que tomaban sus cosas despues de la batalla de Essling. El plan á que nos referimos fué conferenciado con Cuesta, conviniendo este con Wellesley en casi todas sus indicaciones, y se reducía no menos que á marchar via recta á Madrid. El inglés debia desplegar en Zamora, adonde se habia retirado, toda la actividad imaginable para reorganizar y equipar, y hacer respetables sus tropas; y era poca prevision presumir que habia de serle posible avanzar hasta mas allá de los acantonamientos de Soult, Ney y Mortier, para ser feliz en seguida destrozando el primer cuerpo del ejército enemigo que hallase en su camino directo. Tal era su es-

peranza, no obstante, según puede inferirse de las muestras; pero si en efecto fué así, sus cálculos estuvieron muy lejos de producir ese resultado.

Victor, después de haber mandado que se le reuniera la división de Lapisse, la cual acababa de hacer un amago sin fruto sobre la plaza de Ciudad-Rodrigo, se había dirigido hacia Alcántara, donde después de un encuentro poco importante con las milicias portuguesas, pasó á la otra orilla del Tajo. Al día siguiente hizo verificar algunos reconocimientos en dirección de Castelo-Branco; mas sabiendo que se hallaba en Abrantes un cuerpo de ocho mil ingleses y portugueses, conjeturó muy oportunamente que aquello no podía ser efecto sino de haber sido detenido Sout en su marcha á Lisboa, y concluyó que siendo esto así, debía rechazar como imprudente toda tentativa de invasión en el territorio portugués, sin conocer ante todo la marcha de las cosas en aquel reino, cuanto mas debiendo temer ser atacado él mismo á la hora menos pensada por el ejército anglo-portugués. Esta última consideración hizo que Victor se determinase á reconcentrar sus tropas por los alrededores de Trujillo, entre el Guadiana y el Tajo, asegurando así sus comunicaciones por el puente de Almaraz, cubriendo el camino de Madrid, y observando los movimientos del ejército de Estremadura, que reorganizado por Cuesta después de su reciente derrota, contaba 30,000 infantes y 6,000 caballos, y estaba preparándose ya á entrar nuevamente en campaña.

El cuarto cuerpo francés, á las órdenes de Sebastiani, no se había atrevido á pasar de Santa Cruz de Mudela, después de su victoria conseguida en los campos de Ciudad-Real, según en otra parte insinuamos; y siguiendo acantonado en la Mancha, debía en caso de necesidad darse la mano con las tropas de Victor. Ahora vamos á ver como este calculó bien la posibilidad de que el ejército anglo-portugués le atacase de un momento á otro.

Dejando Wellesley de perseguir las tropas de Sout en su retirada de Portugal, había vuelto á pasar el Duero á fin de ocupar á Thomar y Abrantes en la orilla del Tajo, y hallarse así en disposición de penetrar por Coria y Plasencia en la Estremadura española. Antes de verificarlo trató de sondear, como se ha dicho, el ánimo de la Junta Central respecto á mandar nuestras tropas, y no habiendo conseguido su objeto, combinó, de acuerdo con ella y con Cuesta, el plan de que acabamos de hablar; tras lo cual, y mientras Venegas debía con arreglo al mismo plan salir de la Mancha con sus 15,000 hombres, á fin de apoderarse de Toledo y dirigirse sobre Madrid, reunió el general inglés todas sus tropas en Salvatierra, en la frontera de Portugal, dirigiéndose á continuación por Coria á Plasencia, y reuniéndose en Oropesa el día 20 de julio con el ejército de Cuesta, que había pasado el Tajo por los puentes de Almaraz y del Arzobispo.

Wellesley se proponía ante todo derrotar el cuerpo de Victor, y dándose la mano en seguida con nuestro ejército de la Mancha al mando del general Venegas, marchar con todas estas fuerzas reunidas sobre la capital de España, creyendo que los franceses no podían oponerle á tiempo una masa bastante numerosa, y que la ocupación de Madrid ofrecería pocas dificultades.

Entretanto, á la primera noticia de la invasión de Estremadura por el ejército anglo-portugués, había el rey José adivinado una parte de los proyectos del general británico, y alarmado con su movimiento, mandó á Sout que reuniendo sin dilación á su cuerpo de ejército los de Ney y Mortier, caminase á marchas forzadas sobre Plasencia, á fin de cortar en este punto la línea de comunicación del ejército de Wellesley, ó de forzarle al menos á marchar con mas lentitud en su dirección á Madrid. Este movimiento de Sout debía ser decisivo, pues situando al inglés entre dos ejércitos, podía aquel prometerse un resultado tanto mas ventajoso cuanto mas parecia indicarlo la circunstancia de no haber su contrario podido cubrir su flanco izquierdo ni su retaguardia sino por los destacamentos que Cuesta había dejado en Perales y en el Col de los Baños, puntos por los cuales debían desembocar los franceses viniendo de Salamanca.

El general Sebastiani, que con el cuarto cuerpo cubria á Madrid por el lado de

la Mancha, se aproximó á Toledo á marchas forzadas á fin de pasar el Tajo y reunirse á Victor, mientras este por su parte habia salido de Trujillo hácia el Tajo, tomando la direccion de Talavera sobre el Alberche.

Entretanto el rey José, acompañado del mariscal Jourdan, que desempeñaba á su lado las funciones de mayor general, salió de Madrid el dia 25 de julio, llevando consigo su guardia y una division al mando del general Dessolles. Su salida tenia por objeto reunirse á Victor en las orillas del Alberche, y procurar á continuacion detener á sus enemigos todo el tiempo que fuera necesario para dar lugar á la llegada de Sebastiani, y para que tuviera resultado el movimiento que, segun lo que arriba se ha dicho, debia Soult realizar. Esperar este movimiento era para el intruso resolucion tan cuerda como importante, y de que nunca debió desistir; mas José no supo guiarse por los consejos de la sabiduria.

Ni tampoco los oyeron mejor los gefes del ejército aliado. La campaña de Talavera, la mas complicada tal vez entre todas las que tuvieron lugar en la guerra de la independencia, exijia un acuerdo completo entre uno y otro caudillo, y desgraciadamente hubo rencillas que se opusieron desde un principio al logro de ese objeto vital. Hallábase en Cazalegas el cuartel general de Victor, y sus tropas componen 25,000 hombres, corrian gravisimo riesgo de ser desbaratadas, si unidas las de Cuesta á las de Wellesley caian desde luego sobre ellas. Tal fué al menos la creencia de este, proponiendo á aquel un ataque para el 25 de julio, dia en que el francés conservaba todavia su posicion desfavorable en el punto arriba indicado, habiéndose visto sus tropas precisadas á cruzar el Alberche despues de un encuentro desventajoso con los soldados que mandaba Zayas. Cuesta se negó á acometer, no se sabe por qué razon, en el dia que se le insinuaba, diciendo que lo haria al siguiente; mas en este no pudo hacerlo ya, porque Victor levantó su campamento en la noche del 25, tomando el camino de Toledo. Cuesta entonces siguió detras de él, con un ardor tan chocante como inoportuna habia sido su inercia del dia anterior, pues ¿cómo el que se habia resistido á batallar con 25,000 hombres, podia prometerse salir bien midiéndose con duplicadas fuerzas, solo y sin el auxilio del inglés, que por especiosas razones se quedaba plantado en el Alberche?

Esas fuerzas á que nos referimos tardaron muy poco en doblarse, y Cuesta lo debió presumir. Sebastiani desde la Mancha llegó el 25 á Toledo, ocultando su movimiento á Venegas, arribando el mismo dia á aquella capital los dos cuerpos que mandaba José. Unidas todas estas tropas á las de Victor, venian á componer un total de 50,000 hombres. José las hizo tomar posicion en la orilla izquierda del Guadarrama, y estando concentradas asi, habiase perdido la probabilidad que poco antes habia de hacerlas trizas separadamente. A pesar de este primer yerro, no era ventajosa tampoco la actual situacion del francés. Esos 50,000 hombres no bastaban, si bien se miraba, á cubrir del todo á Madrid, y acaso convenia á José limitarse á la defensiva, entreteniéndose á sus enemigos por medio de oportunos ardidese, dando de esta manera tiempo á Soult para verificar la diversion de que estaba encargado. Verdad es que aun asi habia peligro en el campo del rey intruso, porque si dejaba avanzar mucho el ejército anglo-español, del cual se habia destacado Wilson adelantándose hasta Navalcarnero, distante 5 leguas de Madrid, era de temer que ese ejército revolviere sobre el de los franceses, cortándole toda retirada en direccion de la capital. Por otro lado, el general Venegas podia avanzar hasta el Tajo, y abrirse en este rio, vadeable por las inmediaciones de Aranjuez, un paso que los franceses no se hallaban en el caso de poder disputarle. Era critica, pues, la situacion de los imperiales, y habiendo peligro para ellos en la ofensiva y en la defensiva, creyó José deber preferir el primer partido al segundo, marchando directamente sobre el ejército aliado. Decidido á verificarlo, dejó en Toledo 5,000 hombres para guardar los puentes del Tajo, y obligar de este modo á Venegas á costear este rio hasta Aranjuez, lo cual debia retardar su marcha tres dias. Un regimiento de dragones recibió igualmente la orden de apostarse en dicho real sitio, á fin de observar el presunto movimiento de Venegas, dando cuen-

ta de él al general francés Belliard, gobernador de Madrid, el cual estaba encargado de contener con algunos batallones al heroico pueblo del Dos de Mayo, cuya sorda fermentacion iba en aumento creciente á medida que via aproximársele las tropas del ejército aliado.

Cuesta en tanto se habia adelantado, como hemos dicho, en pos de las huellas de Victor, llegando el 25 á Santa Olalla y Torrijos, puntos por donde el francés habia pasado para dirigirse á Toledo. Adoptada en esta ciudad la determinacion de José relativa á volver sobre los nuestros, pasaron las tropas francesas el rio Guadarrama el 26 de julio por la mañana, y notando el movimiento de Cuesta, resolvieron escarmentarle. La vanguardia de Victor atacó á la de nuestro general cerca de Alcabon. Resistióse algun tiempo el gefe de esta D. José de Zayas; pero al verse inferior en número, trató de retirarse con órden. Hizolo así con serenidad, pero su movimiento retrógrado resintióse muy pronto de confusion, merced á la inquietud de los peones, que al ver al regimiento de caballeria de Villaviciosa imposibilitado de obrar metido entre unos vallados, retrocedieron á Alcabon atropelladamente, pudiendo haberlo pasado muy mal si no hubiera acudido á ampararlos el duque de Alburquerque con una division de 3,000 caballos. Este auxilio oportuno dió lugar á que la vanguardia se recojiese al grueso del ejército; pero el regimiento de Villaviciosa fué deshecho por otro de húsares franceses, que le acuchilló cerca de Torrijos. A la mañana siguiente continuó el enemigo su movimiento, y habiendo tropezado en Cazalegas con la vanguardia inglesa, que habia avanzado con el fin de proteger la retirada de Cuesta á Talavera, hizola tambien volver atras, rechazándola á la orilla derecha del Alberche. Resistíase Cuesta con la tenacidad que le caracterizaba á repasar por su parte este rio, pero al fin consiguióse que lo hiciera, cediendo á las oportunas reflexiones del general inglés. Victor pasó el rio tambien á las cuatro de la tarde, verificándolo á vado; y habiendo quedado en la orilla derecha uno de nuestros destacamentos, destinado á defender el paso, fué acometido y rechazado igualmente por uno de los regimientos de la division de Lapisse.



Conociendo el general inglés que los franceses se preparaban á dar una batalla, dió las disposiciones oportunas para recibirla. Mandó al efecto á Wilson retro-

ceder de Navalcarnero á Escalona, disponiendo igualmente repasasen el Alberche los destacamentos de sus tropas que habian quedado todavía á la izquierda de dicho río. Hecho esto eligió la posicion que le pareció mas ventajosa en la orilla derecha, disponiendo las tropas en dos líneas y haciéndolas ocupar la llanura comprendida entre Talavera y el cerro de Medellin, cerro que era la llave de la posicion, y cuya defensa sin embargo no aseguró el inglés como debia al apoyar su izquierda en él. La derecha tocaba al Tajo, y el frente quedaba cubierto en toda su estension por la madre del Portiña que entonces estaba seco. El inglés explotó y aprovechó todos los accidentes del terreno, ya construyendo obras de campaña, ya por medio de talas de árboles. Tenian la derecha los nuestros; los ingleses el centro y la izquierda. El número de las tropas aliadas ascendia á 53,000 hombres, siendo españoles 34,000, entre ellos cerca de 6,000 caballos, y anglo-portugueses el resto, constando este de 16,000 peones y 3,000 de caballería. Dividido el grueso de la infantería de Cuesta en cinco divisiones, mandábanlas el marques de Zayas, D. Vicente Iglesias, el marqués de Portago, D. Rafael Manglano y D. Luis Alejandro Bassecourt, teniendo la vanguardia por jefe á D. Jose de Zayas y la reserva á D. Juan Berthuy, mientras la caballería, que constaba de dos divisiones, llevaba á su frente á D. Juan Henestrosa y al jóven duque de Alburquerque. Las divisiones del ejército inglés eran cuatro, y sus gefes los generales Sherbrooke, Hill, Mackenzie y Campbell.

Era el cerro de que arriba se ha hablado nuestro punto mas importante, y á él debia José dirigir sus principales esfuerzos, como lo hubiera hecho un general perito y dotado de ese golpe de vista que decide con anticipacion el éxito de las batallas; pero el fuerte del intruso no era ese, y Jourdan, que podia tal vez guiar la inesperienza de José, no se atrevió á contrariar las disposiciones que este creyó del caso tomar de acuerdo con los demas generales.

Al anochecer del 27 hallábase el ejército francés á tiro de cañon de los nuestros, y queriendo Victor probar si le era posible apoderarse del cerro á favor de la oscuridad, ordenó á Ruffin atacarle con su division, mientras la de Lapisse verificaba una diversion sobre nuestro centro, bien que con precaucion y prudencia, para no aventurarse demasiado. Este plan, que á salir bien á Victor hubiera puesto á descubierto la izquierda del ejército aliado, privando á nuestra línea de batalla de toda especie de apoyo, habríanos forzado á retirarnos, so pena de esponernos á una derrota; pero ya fuese por falta de fuerzas, ya por falta de buena direccion, desgraciósele la tentativa. Uno de los regimientos destinados al ataque equivocó su ruta engañado por la oscuridad, y otro esperimentó algun retraso en su marcha por la interposicion del cauce del torrente, siendo solo el noveno ligero el que asaltó el cerro, desbaratando las primeras tropas que trataron de resistirsele. La intrepidez de este regimiento fué desesperada en verdad, consiguiendo arribar á la cima, de la cual descendieron por otro lado los ingleses que la defendian. Jadeando estaban aun los que tanto acababan de hacer, cuando revolviendo sobre ellos el general británico Hill al frente de su division, hizolos descender de la altura con pérdida de 500 hombres, siendo inútiles los esfuerzos de los franceses para recobrarla. Eran ya las diez de la noche, y unos y otros pusieron fin al encarnizado combate, pasando lo que restaba hasta la madrugada siguiente en prepararse á una batalla general.

Esta infructuosa embestida por parte de los imperiales tuvo para ellos un gravísimo inconveniente, y fué el de dejar entreveer el proyecto de ataque de la madrugada, haciendo conocer á los aliados la importancia de conservar aquella fuerte posicion. Wellesley, que la habia descuidado de un modo bastante notable, adoptó, merced al aviso, las disposiciones al caso para remediar su imprevision, siendo una de ellas prolongar su izquierda, reforzándola con parte de su caballería y con la division española al mando de Bassecourt.

El 28 al amanecer estaban colocados en batalla ambos ejércitos beligerantes, dando luego principio el cañoneo. Advertido por la esperiencia de la vispera, y conociendo el peligro de atacar á los aliados, superiores en fuerzas y en posicion ca-

si inespugnable, parece que Jourdan opinó por estar á la defensiva mientras Soult terminaba su movimiento sobre la espalda de aquellos; pero Victor manifestó á José (asi se asegura á lo menos) ser deshonoroso para el ejército francés dilatar un ataque ya empezado, enfriando con este retardó el ánimo de los imperiales tan dispuestos á combatir. Pasóse asi la noche en discutir una y otra opinion, y José, naturalmente tímido y de carácter irresoluto, acabó entonces por decidirse adoptando la determinacion mas atrevida. Reconociendo luego el enemigo que era de muy difícil acceso el centro y derecha de la linea del ejército coaligado, tanto por el cauce del Portiña, que cubria su frente, como por los olivares que impedian al ejército francés desplegarse oportunamente, resolvió tentar un nuevo esfuerzo sobre la izquierda de esa misma linea como único punto vulnerable, encargándose Victor del ataque del cerro, mientras debia avanzar Sebastiani entre esta posicion y Talavera atravesando los olivares.

A las ocho de la mañana renovó Ruffin el ataque de la vispera, consiguiendo tres regimientos enemigos arribar á la cima del cerro, si bien á costa de terribles pérdidas. Rechazados despues con vigor cuando iban ya á apoderarse de la artillería británica, viéronse obligados á retrogradar hasta su primera posicion, dejando la victoria en las manos de Hill cuando casi estaba por ellos. No reiterando el ataque las demas divisiones de Victor, creyó Wellesley que la intencion de los enemigos era rodear el cerro por el valle, y entonces fué cuando verificó la prolongacion de su izquierda y adoptó las demas disposiciones á que arriba nos referimos, para cubrir aquella posicion. Mientras tanto pasábase el tiempo en tomar los franceses medidas para ofender y los aliados para defenderse; y aunque el cañoneo anunciaba que ambas partes lidiaban aun, bien pronto fué cesando gradualmente el estrépito que se oia. El ardor del sol meridiano obligó á suspender el combate tanto al uno como al otro ejército. Aprovechando entonces esta especie de tregua para recorrer su linea, determinaron José y Jourdan dirigir un ataque general sobre el frente de los aliados en toda su estension. Comenzó el ataque sobre nuestra derecha la division Leval, perteneciente al cuerpo de Sebastiani, avanzando esta tropa á traves de los olivares, y viéndose bien pronto cercada por 15,000 ingleses; pero apoyando su izquierda el general francés en un cuadro formado por uno de sus regimientos, atacó á los ingleses á la vez, y los rechazó con fortuna, haciéndoles un buen número de prisioneros. Mientras tanto la division de Lapisse habia atacado el cerro, siendo de él rechazada con gran pérdida, y quedando fuera de combate un buen número de oficiales, incluso el mismo general. Victor entonces, reuniendo esta division al pié del cerro, renunció á atacarle de frente, y aspiró solamente á rodearlo. En consecuencia de esta determinacion avanzó por la llanura la division de Vilatte, mientras la de Ruffin seguia por el pié de aquellas alturas, y la caballería se preparaba á maniobrar á retaguardia, proponiéndose caer en la llanura en el momento que la infantería abriese un claro en las filas contrarias. Formidables eran las masas que ponía el francés en movimiento; pero Wellesley lo observaba desde lo alto del cerro, y destacando al general Amsom al frente de dos regimientos, ordenóles cargar al enemigo. Hízolo este con una impetuosidad extraordinaria, empeñándose en tales términos, que ambos regimientos pasaron, á pesar del fuego de la infantería francesa, por entre las divisiones Vilatte y Ruffin, cayendo sobre la brigada de caballería ligera del general Strolz, la cual en los primeros momentos no pudo resistir la embestida. Rehecha poco tiempo despues, atacó á su vez á sus adversarios, secundando su arremetida la brigada del general Merlin. El resultado fué quedar completamente destruido, ó hecho prisionero, uno de los dos regimientos, y dispersarse el otro por la llanura; pero eso no obstante, quedó tan sorprendido el enemigo con aquella brillante carga, que sus columnas hicieron alto, manifestándose como petrificadas en presencia de tanta bizarría. La division española de Bassecourt y la caballería de Albuquerque sostuvieron con sus esfuerzos aquella singular embestida. El éxito entretanto era dudoso en la horrible refriega del